

Las cuestiones relativas al origen del hombre suscitan en el creyente y en el teólogo un profundo estremecimiento, que invita a la adoración y al estudio; a la apertura cordial, honesta y universal a la verdad que se va haciendo patente a los hombres mediante la Palabra de Dios y mediante el rigor de las diversas investigaciones. Nos encontramos, en efecto, ante la cuestión sobre el origen de un ser —el hombre—, que es la «única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma» (Const. *Gaudium et spes*, n. 24), y que, por lo tanto, como escribe Juan Pablo II, «no debería subordinarse, como simple medio o mero instrumento, ni a la especie ni a la sociedad; él tiene valor por sí mismo» (*Mensaje a los miembros de la Academia pontificia de las ciencias*, 22.X.1996, n. 5). El evangelio, cuando es leído seriamente, sume al creyente en un profundo estupor por el valor que el hombre tiene ante los ojos de un Dios que ha enviado a su Hijo al mundo, para que el hombre no perezca, sino que tenga vida eterna (cfr Jn 3, 16). En las páginas que siguen, *Scripta Theologica* ofrece a sus lectores los trabajos de dos científicos de reconocida solvencia. Tratan en ellos sobre el origen del hombre desde la perspectiva propia de sus respectivas especialidades, que resultan convergentes y complementarias.

El primer trabajo, *Origen monogenista y unidad del género humano: reconocimiento mutuo y aislamiento procreador*, está realizado por la Doctora Natalia López Moratalla, Catedrática de Bioquímica y Biología Molecular, durante muchos años Vicerrectora de la Universidad de Navarra. En su docencia e investigación, la Profesora López Moratalla ha abordado las cuestiones interdisciplinares entre Ciencia, Filosofía y Bioética. En el campo de las ciencias biomédicas investiga sobre la potenciación de las defensas naturales frente al cáncer y las bases moleculares de las enfermedades autoinmunes.

El segundo trabajo, *Desarrollos recientes en evolución y su repercusión para la fe y la teología*, está redactado por el Profesor Mariano Artigas Mayayo. El

Profesor Artigas posee también una amplísima experiencia docente e investigadora. Miembro de la *Académie Internationale de Philosophie des Sciences* y Consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los no creyentes, invitado en varias ocasiones a participar en los trabajos de la Academia Pontificia de Ciencias, el Profesor Artigas cuenta entre sus publicaciones con la obra *Las fronteras del evolucionismo*, con prólogo de Sir John Eccles, premio Nobel de Medicina, que ha tenido cinco ediciones en castellano y ha sido traducida a otras lenguas.

El lector se encuentra ante dos valiosos trabajos en los que cada autor, desde su respectiva especialidad, sintetiza la situación de las investigaciones en torno al origen del hombre: cuáles son las certezas comunes y cuáles los caminos que más atraen en estos momentos al laborioso mundo científico. Apuntan, sobre todo, hacia las luces que van siendo universalmente aceptadas.

Dos son las cuestiones fundamentales tratadas en estos trabajos: la evolución en cuanto proceso en el que se está realizando el universo material conocido, y el lugar que ocupa la singularidad humana dentro de este gigantesco y maravilloso proceso. El teólogo debe dar testimonio de que, en ambos terrenos, la doctrina católica ha adquirido en estos últimos decenios un maduro equilibrio, y goza de una serenidad y de una apertura envidiables. Se recogen aquí los frutos de siglos de reflexión y, especialmente a partir del Concilio Vaticano I, la fecundidad intelectual que comporta la indubitable convicción de que no hay, ni puede haber, contradicción alguna entre los distintos aspectos de una verdad a la que el hombre llega por caminos diversos. Esta convicción lleva al teólogo a leer la Sagrada Escritura con fe y con piedad, y a sopesar los descubrimientos científicos con alegría y prudencia, con admiración y humildad.

Como señala Juan Pablo II, la encíclica *Humani generis* consideraba la doctrina del evolucionismo como una hipótesis seria; hoy, casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, «nuevos conocimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis» (Juan Pablo II, l.c. n. 4). Pero aunque se lo proponga seriamente, el hombre no puede no filosofar. De ahí que —y seguimos dentro del citado Documento de Juan Pablo II— más que de la teoría de la evolución haya que hablar «de *las* teorías de la evolución», pues los mismos datos pueden ser leídos en formas materialistas y reduccionistas o en formas abiertas a la trascendencia y al espíritu. En cualquier caso, y dentro del respeto más absoluto a las investigaciones científicas, el teólogo, desde la misma teología, está cordialmente inclinado a aceptar gozosamente la evolución. Tiene para ello un claro argumento: los datos teológicos que posee, le indican que Dios —incluso en el sagrado ámbito de la historia de la salvación— no gusta de actuar solo, sino que recaba, siempre que ello es posible, la actuación de las causas segundas. Está convencido, por ello, de que Dios se glo-

ría en el amplio desarrollo de *todas* las virtualidades que Él mismo ha sembrado en el universo.

Dentro de este maravilloso despliegue del universo en la evolución, el hombre ocupa un lugar esencial. Él ha sido hecho para el diálogo de conocimiento y de amor con Dios. Él es tú de Dios. Él es portador de la vocación de hijo de Dios en Cristo. El teólogo cree firmemente en la unidad del género humano. Hay unicidad de vocación en Cristo. Resuenan con firmeza las palabras de San Pablo: «Ya no hay diferencia entre judío y griego, ni entre esclavo y libre, ni entre varón y mujer, porque todos vosotros sois uno solo en Cristo» (Ga 3, 28). Resuena también con fuerza el célebre texto paulino de Romanos 5, 15: «Pero el don no es como la caída; porque si por la caída de uno solo murieron todos, cuánto más la gracia de Dios y el don que se da en la gracia de un solo hombre, Jesucristo, sobreabundó para todos». Se trata del paralelismo antitético entre el primer Adán y el segundo Adán. Naturalmente que el teólogo lee este paralelismo teniendo como centro a Cristo: Él es la razón más profunda de la estrecha unidad de todo el género humano. Pero, la unicidad del nuevo Adán, ¿no tiene nada que decirnos sobre la unicidad del primer Adán?

Es claro que una precipitación por parte del teólogo —el tomar una hipótesis como un dato cierto—, podría llevarle a lesionar la parte de verdad sobre el hombre que se encuentra expresada en la Palabra de Dios en un lenguaje y en una perspectiva que de ninguna manera quieren entrar en competencia con la ciencia, pero que enseñan verdades que afectan a lo más hondo del hombre: a la esfera de su pecaminosidad y de su llamada a la santidad. De ahí que observe con atención, amorosamente, los datos que el paciente trabajo científico va decantando de entre las diversas hipótesis. Y se interesa especialmente por lo que, en nuestro tiempo, son certezas generalmente compartidas. Los autores cuyos trabajos presentamos facilitan esta tarea. Diríamos que la hacen verdaderamente agradable: a su capacidad de ir a lo esencial, unen una buena pluma y una gran claridad de expresión, esa claridad de expresión que forma parte esencial de la cortesía del maestro.

Lucas F. Mateo-Seco

